



CINECLUB NUCLEO

Buenos Aires

Lunes 12 de julio de 2021

Temporada N° 68

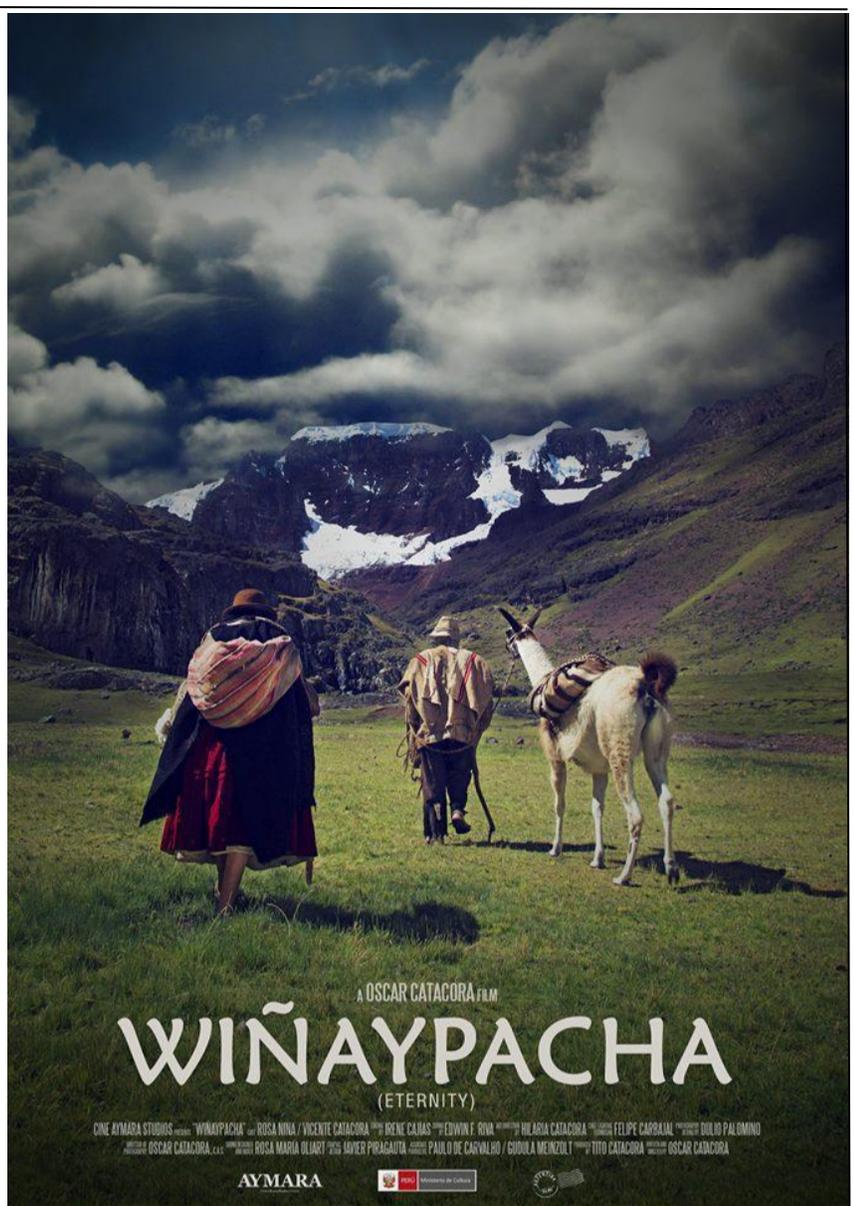
Exhibición N°: 50

- Fundado por Salvador Sammaritano
- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

Sitio Web: www.cineclubnucleo.ar

Email: ccnucleo@hotmail.com

Instagram: [@cineclubnucleo](https://www.instagram.com/cineclubnucleo)



VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE
(pero sin riesgos, mientras tanto... streaming)

“Se pueden reservar sillones, pueden dejar el celular encendido”

"WIÑAYPACHA"

(« Eternidad » / « Eternity » – Perú – 2017)

DIRECCIÓN : Óscar Catacora **GUION :** Óscar Catacora **FOTOGRAFÍA :** Oscar Catacora **ELENCO :** Rosa Nina, Vicente Catacora **PRODUCTORA :** Cine Ayamara Studios **PRODUCTOR :** Tito Catacora **MONTAJE :** Irene Cajías **DISEÑO DE PRODUCCIÓN :** Hilaria Catacora **DEPARTAMENTO DE SONIDO :** Alvaro Aparicio, Paula Chavez, Mar Heredia, Rosa María Oliart, Edwin F. Riva, Sebastian Schumacher **DEPARTAMENTO EDITORIAL :** Ricardo Cabellos **DURACIÓN:** 86 minutos.

Distribuida por Zeta Films.

El Film

Willka y Phaxsi son una pareja aimará de más de 80 años viven abandonados en un lugar remoto de los Andes del Perú, a más de cinco mil metros de altura, uno de los lugares con el clima más inclemente en el mundo. Enfrentan la miseria y el inclemente paso del tiempo, rogando a sus dioses para que por fin llegue su único hijo a rescatarlos.

PREMIOS Y FESTIVALES:

2017 Festival de Cine Latinoamericano de Lima: Ganadora Premio Ministerio de Cultura Mención de Honor: Óscar Catacora (director).

2018 Festival Internacional de Cine de Guadalajara: Ganadora Premio FEISAL, Mejor Director Menores de 35: Ganador: Óscar Catacora, Concurso Iberoamericano Mejor Fotografía: Óscar Catacora, Mejor ópera prima: Óscar Catacora (director).

2018 Festival de los Primeros Pueblos de Montreal Ganador: Premio Teueikan Mejor Documental Óscar Catacora

CRÍTICA:

El hombre antes del cine, o el cine antes del hombre. Con este aforismo se podría definir a “Wiñaypacha”, historia de una pareja de ancianos aimaras –Willka (Vicente Catacora) y Phaxi (Rosa Nina)– que vive en la zona altoandina de Puno. Allí, en una cabaña de piedra y paja, frente a las montañas nevadas y uno de los climas más duros del mundo, ellos anhelan el regreso de su hijo Antuku

—en español: “Estrella que ya no brilla”—. La película es la historia de esa espera, que también es la de una extenuante sobrevivencia. "Wiñaypacha" es un milagro cinematográfico por varias razones. Los protagonistas están interpretados por personas que nunca habían actuado ni habían visto una película. Se cumple así el sueño de Roberto Rossellini: un cine que captura al hombre sin maquillaje, sin impostaciones de ninguna índole. Lo que vemos es una vida humana transparente en su crudeza, seres humanos que hablan y viven “sin actuar” en la pantalla. Imágenes en las que la realidad desborda todo ilusionismo: el hombre antes del cine. Pero es, también, el cine antes del hombre. Catacora, siguiendo la impronta de cineastas como Yasujiro Ozu, hace del cine una apertura al ser despojada de cualquier ánimo que perturbe una serenidad religiosa: 96 planos fijos, ninguna música ni movimiento de cámara. El método: imágenes que enmarcan la tierra y los cielos, que colocan a los seres humanos en el medio. Como las películas de los hermanos Lumière, las primeras de la historia: vistas de la realidad tomadas por una mirada hierática, impasible, anterior al hombre. "Wiñaypacha" es, además, la crónica de las ansias por vivir de una pareja que se resiste a morir; el canto lírico a las fuerzas de un espacio y un tiempo cósmicos; la escritura sonora y visual de signos inmemoriales que son los de un pueblo —el aimara— y, también, de un pensamiento mítico: los vientos frescos deben anunciar la partida de las heladas, la llegada de un calor vital. El anciano esparce los granos de quinua como escarcha, les canta a esas potencias de la naturaleza, a los dioses que dan y quitan. Como en toda comprensión mítica del mundo, el tiempo aimara de "Wiñaypacha" es circular. Eterno retorno de ciclos de nacimiento y muerte, siembra y cosecha, luz y oscuridad. La pregunta para los ancianos está dirigida a ellos mismos: ¿ha llegado acaso la hora de morir? El amor a la vida les impide aceptar o saber que quizá sean ciertos los indicios funestos del chillido de un ave rapaz. Para ellos, la espera por el regreso del hijo parece ser la cláusula que asegura una continua postergación de la muerte. En una secuencia extraña y misteriosa, la anciana, mientras duerme, escucha los llantos de un bebe. Allí parece que la realidad se hace alucinatoria, aunque el temple de la cámara imperturbable aleja todo resquicio efectista. Su esposo la despierta y ella toca lo que asemeja un feto disecado de algún animal, que cuelga del techo. Al tocar ese cuerpo, parece callar a un recién nacido imaginario: el hijo que no regresa es la maldición que la anciana conjura aunque sea de manera inconsciente, simbólica o imaginaria. Con "Wiñaypacha" sufrimos una precariedad existencial sin precedentes en el cine peruano. También sentimos y vemos el fuego, el agua de los ríos, los vientos poderosos y gélidos, la tierra húmeda o seca. Fluir de elementos primordiales que hablan de eternidad, pero que consumen unas vidas que se extinguen con exclamaciones de dolor íntimo, con caídas de cuerpos cansados que se amparan en una naturaleza que comienza a traicionarlos. Traición que repite la del hijo ausente, quien nunca llega. Con ello y más, Óscar Catacora nos ha dado una obra maestra.

(Sebastián Pimentel – El Comercio – Lima, Perú)

¿Qué rol cumple el ser humano en medio de la naturaleza? Éste podría ser el punto de partida de la película de Óscar Catacora. Y las respuestas no son fáciles. Cuenta las vicisitudes por las que pasan Wiilka (Antonio Catacora) y Phaxsi (Rosa Nina), una pareja de ancianos que vive en el nevado Allinacpac, arraigados a sus costumbres y creencias a pesar del abandono de su hijo. Cuesta no tener en mente Tokyo Story (1953) de Yasujiro Ozu viendo Wiñaypacha, pre-seleccionada como la candidata de Perú para el Óscar 2019. No es solamente que el realizador opte por planos estáticos, como solía hacer el director japonés a medida que afinaba más su estilo. Tampoco que muchas escenas estén filmadas a la altura del tatami como también lo hacía Ozu. Aquí, concretamente, los conflictos que enfrenta la tradición representada por los padres se acentúan con resultados demoledores. Ni siquiera hay hijos que llamen a sus progenitores. Solo advertimos la referencia al hijo que quiso desentenderse de la cultura y, por momentos, la esperanza de que regrese a visitarlos. Apenas están los animales de la granja que, además, van desapareciendo a medida que transcurre la historia. Y finalmente la presencia de la naturaleza aquí es muchísimo más palpable e inhóspita. La obra de Catacora lleva al extremo el contraste entre tradición y modernidad. Aquí los personajes dependen de su propia fuerza y sus costumbres para sobrevivir. Mientras más se intenta retratar las costumbres de esta pareja de ancianos, más la naturaleza se encargará de doblegar su presencia en un paisaje salvaje. Y la impresión que dejan las circunstancias es mayor precisamente porque el director opta por una cámara observadora y quieta. Como si en la quietud de la mirada se escondiera también lo perturbable de la naturaleza profunda. Hay lluvias torrenciales, hay predadores, hay enfermedades. Y, en medio de todo, la fidelidad y compañía de la pareja que nunca es enternecida ni alimbarada. Hay un compromiso en su dinámica que parece casi dado por sentado, pero es tan firme como los embates naturales sin importar que los de ellos son gestos más pequeños. Aquí la naturaleza tampoco es el motor benevolente y pacifista que tanto se nos vende. Son condiciones a las cuales hay que adaptarse, acomodarse dentro de lo posible, o perecer. Hay una sensación opresiva a lo largo de la película que se traduce en la presencia constante de montañas y picos, y en detalles que la pareja de ancianos toman como mensajes a los cuales deben estar atentos. El canto de un pájaro es el llanto de un dios que anuncia una tragedia. La caída de una escultura es el fin de una vida. Estos momentos dan cuenta de las creencias todavía presentes como certezas en medio de la naturaleza, como si hubiera que decodificarla, no para domarla, sino para incluirse en ella. Decodificar es resignarse a un lenguaje inabarcable. A fin de cuentas, estamos ante una tragedia donde son los elementos naturales los que ejercen el cambio en el destino de los protagonistas. Resulta significativo que solo una vez podamos ver de cerca los rostros de estos ancianos; ello ocurre mientras ingieren coca. El resto del tiempo los vemos en planos más amplios, como si se nos sugiriera que ellos pertenecen a un entorno y este compone su identidad más profunda, de la cual son indivisibles.

(© Eduardo Alfonso Elechiguerra, 2019 – A Sala Llena – Buenos Aires)

ACERCA DE LA REALIZADOR:

Óscar Catacora nació el 18 de agosto de 1987 en Perú. Es director y escritor, conocido por Wiñaypacha (2017), El sendero del chulo (2008) y Aventura Sangrienta (2017).